

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Advertencia.—Revista de teatros.—A C.... poesía.—Modas de París.—Balada.—Economía doméstica.—Geroglífico.

ADVERTENCIA.

A los Sres. Suscritores de fuera de esta ciudad que hayan notado alguna falta en el recibo de los números, debemos manifestarles que la causa proviene de que los comisionados en dar notas de las renovaciones, no lo efectúan con la regularidad que debieran, á pesar de los anticipados avisos que les trasmite nuestra administración: por tanto rogamos á dichos Sres. Suscritores, no nos culpen de unas faltas que por más que hacemos no podemos evitar.

Igualmente repetimos POR ÚLTIMA VEZ á dichos Sres. Comisionados, que si en lo sucesivo no cuidan de dar con oportunidad los avisos de renovaciones, les será suspendido el cargo de comisionados.

TEATROS.

Siguiendo el orden de primogenitura en las funciones, principiaremos por *Valentin el guarda-costa*, el cual, segun el cartel, es un *grandioso drama*, ejecutado en el Balon el jueves 3 del que rige. De este drama, así como de su *interesante argumento*, vamos á decir alguna cosa por via de crónica de estos teatros.

Siempre que al levantarse el telon vean los espectadores asomar calzones de punto de color, botas con campana ó sin ella, fraques de largos y estrechos faldones, sombreros de alas lo mas anchas posibles, y todo esto en La Martinica, no pregunten el género á que pertenece la obra que van á oír, sino échense

desde luego á buscar en ella al hombre malo, al que lleva el puñal entre el chaleco y la camisa, al que viene allí á hacer unas cuantas averías gordas, hasta que llegue el momento de su castigo, en el cual ha de intervenir forzosamente el personaje jocoso del drama, que tampoco puede faltar porque es tan de plantilla como el otro.

Apliquemos estas observaciones generales á *Valentin el guarda-costa*, el cual ni es ya guarda-costa, ni nadie lo conoce por el nombre Valentin.

Estamos en La Martinica, ya lo hemos dicho: las colonias son esencialmente dramáticas. Es gobernador de esta un almirante viejo y de áspera condicion; un verdadero lobo marino que parece ha dado no muy buena vida á la condesa su esposa, fragilísima, y por lo mismo interesantísima señora, la cual en sus verdes años tuvo una honesta inclinacion hácia cierto conde, de cuyos castos amores nació un niño, ya pollo en la época en que se supone la accion. Poco despues de aquel tiernísimo lance fué el amante asesinado por un incógnito, precisamente cuando iba á casarse con la condesa; es decir, cuando iba á concluir por donde parecia natural que hubiese empezado. El angelito, segun falsas noticias, murió tambien, y entonces la condesa, considerando que todo aquello no habia sido mas que un mero episodio de su patética historia, se casó con el ya citado lobo marino, del cual, como era consiguiente, no tuvo hijos, porque ya se sabe que las heroínas de los dramas reservan siempre su fecundidad para casos extra-oficiales.

Hemos dicho que el niño no habia muerto. En efecto, otro viejo marino, capitán de un buque, y que sirvió un tiempo á las órdenes del almirante, se habia encargado de él, recogiéndole en el momento de la muerte del padre, si bien ignorando el parentesco que le unia con la condesa. Merced á las dichas re-

laciones que entre él y el dicho almirante existían, Eduardo estaba colocado en la colonia de secretario del gobernador, á cuya sobrina Luisa enamoraba además con una asiduidad de que debían resentirse no poco los espedientes de su oficina.

Así las cosas, llega á la colonia el caballero de Servieres, señor de patillas, de entrecejo, de mirada oblicua, en suma, demostrando á la legua que es él el hombre malo, el personage siniestro, la calamidad de calzón verde. Este nuevo interlocutor habia sido cirujano, y á resultas de haber asistido años atrás al almirante de una peligrosa herida, este se cree ahora en el deber de alojarlo, de favorecerlo, de procurar su fortuna. ¿Y de qué manera? Casándolo con Luisa, jóven y riquísima pupila suya, y á cuya mano él aspira desde luego y sigue aspirando, por mas que la condesa le haga patente la repugnancia de la novia y la preferencia que ella concede á un favorecido rival.

No era hombre el cirujano para apurarse por semejantes fruslerías, y resuelto á toda costa á hacerse de la dote, que era lo único verdaderamente importante del negocio, manifiesta á la condesa que él sabe de pe á pa la interesante historieta de sus dares y tomares, bien así como sus no menos interesantes consecuencias; que posee las cartas suyas dirigidas en aquella época al difunto amante, y que todo esto lo pondrá en conocimiento del avestruz de su marido si ella no obliga á Luisa á dar su consentimiento. Este manoseadísimo resorte da ocasion á que Eduardo con pistola en mano le exija las cartas, y á que el caballero, valiéndose de la sandez del pollo, le acuse de haberle robado una cartera con cantidad de dinero, á consecuencia de lo cual es este preso y va á ser juzgado.

Aquí precisamente entra lo mejor, porque entra lo mas absurdo. Valentin ve al caballero de Servieres, arquea las cejas, se aproxima, lo llama por otro nombre, él se espeluzna, y se dan una cita á la que ambos acuden exactamente. Valentin le declara que le ha reconocido, que él fué quien asesinó al conde por robarlo, que tiene una prueba en la declaracion del moribundo escrita con su misma sangre, y que lo denunciará sin remedio si él á su vez no le firma otra declaracion que patentice la inocencia de Eduardo. Servieres á su vez reconoce á Valentin. Preso este años atrás y juzgado por haber muerto á un oficial suyo, pudo escaparse y mudó de nombre. El diablo no tiene por qué desechar á ninguno

de los dos. Conciértanse por fin; el caballero se aviene á escribir y firmar su declaracion, recibiendo en cambio el documento que le acusa; pero mientras Valentin tiene la buena ocurrencia de volverse de espaldas para leer aquel papel, Servieres le asesta una puñalada, no de cirujano, puesto que no acierta á darle sobre seguro. Cae el herido, el asesino va á asegurarle, pero llega Kercadek, personage jocoso del drama. Aquel huye, Valentin coje una escopeta, dispara, y el hombre malo cae muerto.

Aquella declaracion salva á Eduardo, la condesa sabe que es su hijo, le casa con Luisa, Valentin se cura ó no se cura, y el almirante ni huele siquiera aquel guisado, en el que tanta participacion habia tenido el turbio honor de su ilustre esposa.

Aquí no sabemos que admirar mas, si la interesante fragilidad de la condesa, ó si el heróico arrojo de Valentin cuando mata á su capitan. Bien dicen que en la escena las grandes virtudes poseen el esclusivo privilegio de llevarse tras si el corazon del auditorio.

El drama fué regularmente ejecutado, á pesar de que, segun oímos decir, habia sido forzoso improvisar algunos papeles. En el de Valentin alcanzó justos aplausos el Sr. Ballesteros.

La falta de espacio no nos permite hablar hoy de las funciones ejecutadas por la Señora D.^a Cristina Ossorio y por sus hermanos los aventajados actores D. Manuel y D. Fernando, aquí de antiguo conocidos y singularmente apreciados. Muchos aplausos recogen, y de ellos ha participado como autor de una de las producciones puestas en escena el esposo de la ya espresada señora, el jóven D. Luis Mariano de Larra, ya tan notable escritor no obstante sus pocos años, y que á sus propias glorias añade el recuerdo de las de su gran padre, de aquella inestimable joya literaria cuya temprana pérdida lloran y llorarán siempre las castellanas musas; de aquel profundo á par que festivo ingenio, que no ha reconocido superior desde Cervantes acá.

En el Principal sigue haciendo fortuna *Hernani*, y esperamos que la haga mayor *La Traviata*, ópera aplaudida de toda la Europa.

En el mismo teatro se han dado algunas producciones dramáticas ó nuevas ó poco conocidas. Entre ellas *El Hidalgo aragonés*, que ha sido bien recibida y bien ejecutada, especialmente por el Sr. Parreño, su protagonista.

De ella y de *Las mujeres de mármol* pensamos ocuparnos con alguna detención en otro número, puesto que no permiten hacerlo hoy los estrechos límites de esta revista.

F. F. A.

A C.....

Trinos de ave enamorados,
suspiros de claras fuentes,
arboledas,
frescos ríos argentados,
praderías florecientes,
auras ledas;

Blanca casa entre el follaje
oculta del bosque umbroso
y escondido,
como suele entre el ramaje
de álamo verde y pomposo
blando nido;

Son mis sueños de ventura,
es la gloria mas cumplida
que yo anhelo,
adorando tu hermosura,
gozando en tí, oh mi querida!
paz del cielo.

Oh! ven, ven amada mia,
ven á los campos amenos,
deleitosos,
donde en perenne alegría
corren los años serenos
presurosos.

¡Cuán dulce fuera vagar
de la selva en la enramada
silenciosa
á tu lado, y escuchar
del ruiseñor la tonada
armoniosa!

¡Cuán bello ver en la tarde
embalsamada del Mayo,
en la colina,
del sol el último alarde,
y el tibio naciente rayo
de Lucina!

Susurros entre las flores
oír de auras intranquilas
en el prado,
los cantos de los pastores
y el ruido de las esquilas
del ganado.

Mas ¡ay! donde me arrebató
mi mente, que ansiosa pinta
en su ilusión
prismas de zafir y plata,
que dora en mágica tinta
la pasión.

El sediento peregrino
con el recuerdo así engaña
su amargura,
vé el manantial cristalino
y bebe en él, y se baa
en la onda pura.

Y así yo vivo en mis sueños,
que el viento me roba en breve
del dolor.
Ah! sin los campos risueños
pasar mi existencia debe,
y sin tu amor.

ANTONIO CARRALON.

MODAS DE PARIS.

Las manteletas se hacen muy elegantes y formando punta en la espalda. Se guarnecen con guipure de Venecia, y para vestidos con dos volantes de encaje. Se hacen tambien de tul negro liso sobre el que se ponen cintitas de terciopelo y guarnecen de un ancho volante de encaje. Se hacen con encajes de lana que son económicos; pero el non plus ultra de la elegancia es guarnecerlas con legitimo encaje de Cambray ó de Chantilly.

Los pañolones y las manteletas de encaje son preciosos y muy cómodos. Se gastan en verano para visitas, y en invierno se los ponen para tertulias y bailes las señoras que no quieren estar escotadas.

En cuanto á chales, se usan de cachemira ó franceses, de granadina, de crespón de China bordados ó de blanco ó con colores, de cachemir de fondo liso y guardilla tejida llamadas Stella; chales llamados Bissara ó de ángel, listados de varios colores.

No se dejan de llevar manteletas de muselina blanca con un volante bordado muy ancho. Llévanse para los sitios de baños, donde se ponen para paseo, así como para reuniones en que se baila.

Los vestidos de seda se hacen altos y con aldetas muy largas que hacen muy buen cuerpo. El reinado de los volantes no lleva trazas de acabar. Se llevan cuatro ó cinco, ó bien uno solo en extremo ancho, sobre cuya pegadura se pone un fleco ó un encaje de guipure. No se guarnecen las faldas de tafetan chiné, ni las de telas de



dibujos grandes, á menos que no sea para sociedades: entonces se ponen adornos en forma de delantal. Los cuerpos de telas ligeras, tales como son barége y muselina, se hacen escotados y de hechura cuadrada, y con estos trajes se ponen lindas toquillas á lo Luis XIII, ó bien á lo María Antonieta. Pueden hacerse de tul de salpicado guarnecidas con encajes, ó bien, sobre todo para señoritas solteras, de muselina lisa; al rededor se pone un buche de dos dedos de ancho, en el que se pasa una cinta de color; delante se colocan tres lazos; al último se le dejan cabos largos.

Los vestidos de barége liso y de un solo color, están muy en boga. Sobre todo lo están los de color gris perla y azul turquí. También se llevan mas que nunca los vestidos de volantes tejidos. Vense muchos vestidos de muselina impresa con volantes, é igualmente de jaconás. Para el campo se hacen las señoras trages de cotí con chaquetitas festoneadas con colores, y vestidos de fular de cuadros muy menudos.

Son muy admitidos los canesús blancos.

Los volantes acanutados son una linda novedad que llevan las elegantes; pero que es muy costosa. Fuera parte del costo de la hechura del vestido, que es de cinco duros (25 francos), llevan tres duros (15 francos) por encanutar los volantes. Las telas ligeras se pueden encanutar con hierros al propósito, como sucede con las enaguas, y entonces es menos el costo.

Las mangas se llevan lisas y chatas hasta la sangradera, y con volantes puestos en hechura de abanico. Otras se hacen de tres buches y con tres volantes. Las mangas cortas se hacen muy cortas: fórmanse algunas con tres farfalaes.

Los sombreros se hacen muy coquetos, según la espresion del diario francés. Los mas vestidos son de paja de arroz ó de crespon. El ala de los primeros se hace de tul con sobrepuestos de paja: se adornan con plumas de marabú ó con flores. La parte interior del ala se adorna mucho con flores y blondas. Se llevan menos echados hacia atrás, y la mayor parte se hacen con dos colores diferentes.

BALADA.

Creció Elisa tan hermosa
que envidiaba sus colores

hasta la naciente rosa
que se mece entre las flores.

A un hombre pérfido amó
y le llora sin consuelo,
que cruel la abandonó
deshonrada en este suelo.

Y él su nombre recordaba
cuando suave la brisa
en el vergel murmuraba:
¡Pobre Elisa!!

JOSÉ VILLETÁ.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Conservacion de las sustancias animales por el aceite.

Las carnes, aves y pescados se conservan por largo tiempo sumergidas en aceite, aunque no se hayan cocido; pero si reúnen estas circunstancias, el buen éxito es seguro. De cualquier modo que sea se procede como sigue: se preparan las carnes, aves ó pescados, en cuartos ó tajadas regulares; si son crudas se enjugan bien; si se les ha dado una tercera parte de su cocimiento; será por el asado ó frito. Preparadas así se van colocando en buen orden en un puchero nuevo, orza de barro, ó bote de vidrio. A medida que se va llenando se comprimen un poco y se echa aceite hasta que las cubra lo menos dos dedos. Se tapan los vasos herméticamente con tapones de corcho y betun, y se colocan en lugar fresco y al abrigo del aire.

Cuando se quiere emplear una sustancia conservada por este medio, se pone en agua fria, se lava y esprime muy bien, y luego se adereza. El aceite empleado para este medio de conservacion no se altera por el contacto con las carnes, asi puede emplearse para condimentar las mismas sustancias conservadas, ó cualesquiera otras.

Solucion del geroglífico anterior.

Los sacerdotes beben la ciencia en la fuente de las sagradas escrituras.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.

